

PAMPLONA: ENCUENTROS-72 DE ARTE DE VANGUARDIA

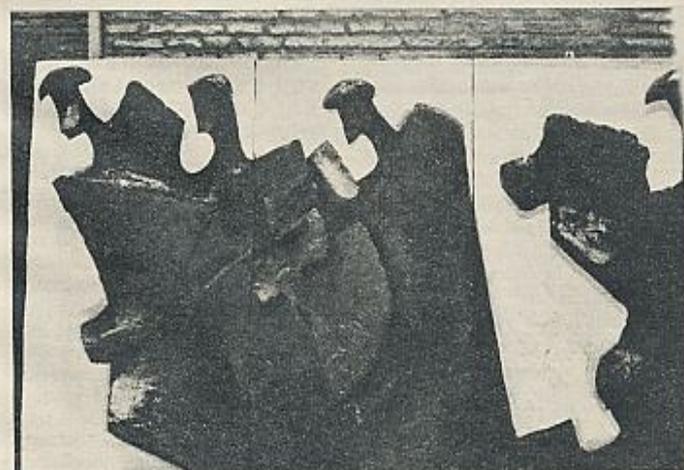
vieron mal que bien, debido sobre todo a la participación popular en algunos de los espectáculos callejeros (teléfonos de Lugán, corredores de Llimós, estructuras metálicas de Valcárcel, cubos blancos para sentarse que el público, en su necesidad de expresión, utilizó como espacios libres para escribir frases de todo tipo o dibujar lo que le viniese en gana...), en su segunda parte languideció mortalmente debido a la torpeza de aquellos que debían haber estado más interesados en su buena marcha. Con lo que no quiero decir que la solución de los Encuentros hubiese estado en una buena organización, sino en que la «organización» no respondiera a nuestras características limitativas de 1972. Todo análisis de lo que ha sucedido en Pamplona que o lo reduzca a un hecho estético o lo sitúe a un nivel local, será forzosamente erróneo en cuanto que olvida que las frustrantes barreras aquí halladas son las mismas que coartan cualquier manifestación cultural en nuestro país, hasta conducirla invariablemente a una situación de esterilidad, anonadamiento o —en el más frecuente de los casos— enmascaramiento, ya hipócrita, ya declarado. El resto son matices.

Ciertamente, reconozco como positivo el que en una cultura tan masificada y dirigida como la nuestra, el espectador se vea obligado —así ha sucedido bastante en Pamplona— a preguntarse por el significado de las cosas, a interrogarse sobre su propia postura cara al hecho estético, sea éste de la naturaleza que sea. Como también me parece válido que se haya podido asistir —con entrada abierta y gratuita, dato elogiado— al impresionante concierto de Steve Reich, con danza de Laura Dean; al espectáculo audiovisual «Allo, ici la Terre», de Luc Ferrari y Jean Serge Breton; a los films experimentales

de Javier Aguirre, a la música electrónica libre de Eduardo Polonio y Horacio Vaggione, a «jugar con los cien muñecos vestidos de gris del Equipo Crónica, a oír el ya mencionado recital de Lily Greenham, e incluso a la revisión de las películas vanguardistas años veinte de Buñuel, Man Ray o Fernand Léger («Un chien andalou», «Le retour à la raison», «L'étoile de mer», «Le mystère du château de Dé» y «Le ballet mécanique»). Igualmente, la constatación del encuentro entre el arte de vanguardia —en general, sin pararse a analizar sus múltiples tendencias— y las expresiones primitivas, tipo Kathakaly de Kerala (véase número anterior de TRIUNFO, reportaje sobre el Festival Internacional de Teatro de Londres), Hoseyn Malek (música tradicional iraní) o Txalaparta (ritmos vascos primitivos), en la búsqueda actual por hallar las raíces originarias de la cultura humana, también ha sido indudablemente útil. De la misma forma, el comprobar *in situ* el carácter lúdico de una amplia zona de la expresión contemporánea, su pertenencia a un nuevo irracionalismo, presente no tanto en el origen de la obra como en su comunicación pública; irracionalismo, por cierto, cuyo análisis serío me parece importante y urgente efectuar ya...

En estos aspectos concretos, pues, Pamplona quizá haya servido como toma de contacto para más de uno y para más de diez, como información primera de un camino de espectador, difícil y arduo de recorrer. Pero cuando se percibe a fondo en qué sentido y hasta qué punto se ha imposibilitado la expresión de las propias ideas en la Muestra de un arte buceador de la libertad, no queda más remedio que ser honestos, ponerse muy serios y decir simplemente NO. ■ **FERNANDO LARA**, enviado especial a Pamplona. Fotos: CELIA.

Obra de Agustín Ibarrola que figuraba en el patio del Museo de Navarra como pórtico a la muestra de «Arte vasco actual». El segundo día de los Encuentros, Ibarrola cubrió su propia obra en señal de solidaridad con su compañero Dionisio Blanco, a quien le había sido retirado un cuadro.



EL HOMBRE QUE DICE «NO»

El diablo —escribía Goethe— es un espíritu que dice no. Y el contestatario. Y el autoritario. Y el otro. Hay una considerable tendencia en España, en estos tiempos, a decir no. Mefistófeles anda suelto, aunque no se vea rejuvenecer a los Faustos del país. Nos decimos no los unos a los otros con excesiva frecuencia, con descaro, con enfado. A veces, nos decimos no a nosotros mismos. He oído decir a un hombre con imagen, fama y comportamiento de izquierda que, si se dejase ir, si no se vigilase y se reprimiese constantemente, sería un cómodo burgués de la derecha. Vaya esta confesión por tantas otras como he escuchado en momentos de ternura de personajes de la derecha: "Yo, en el fondo, soy un socialista...". "Yo, lo que soy es un revolucionario...". "Yo no soy lo que parece que soy..."

¿Vivimos en una sociedad de impostores? No es eso, no es eso. El retrato del impostor es otro. Vivimos, quizá, en una saciedad de maniqueos, de definidores absolutos del Bien y del Mal, en la que cada uno elige su imagen y niega lo que la contrapone. Una sociedad sin matices. Lo otro se niega en bloque, aunque haya que negar la parte de uno mismo que se identifica con lo otro. Nadie más rígido para con los demás que el que se niega a sí mismo. ¡Cuidado con el puritano!

Los psicólogos suelen decir que aquel que pide la hoguera y la lapidación para los homosexuales está, en realidad, reprimiendo al homosexual que lleva dentro; que las jovencitas que exhiben con exceso su pudor y alardean en demasía de su castidad están ahogando su volcán interior.

Quién sabe si monseñor Guerra Campos lleva dentro un canónigo González Ruiz, si Emilio Romero está matando en su interior un embrión de Calvo Serer...

Son elucubraciones. Convendría abandonar tanto optimismo, tanto psicologismo. Volvamos al principio. Estamos en una sociedad que atraviesa una etapa en la que se ha hecho vicio decir que no. Esto es peligroso. En cualquier reunión, en cualquier negociación, el hombre que dice no queda revestido automáticamente de un mágico manto de poder, de fuerza, de dominio y, lo que es más grave, de razón. Sólo es vulnerable cuando alguien grita no con más fuerza o con más insistencia. El que, por el contrario, busca alguna forma de entendimiento, de comprensión o de acuerdo, resulta ser el débil, el blando; finalmente, el dudoso, el sospechoso. El "colaboracionista".

El "tonto útil"... Es una de las frases más brutales, más ciegas, que ha inventado la derecha. Su carácter dañino ha alcanzado a la izquierda, que no utiliza la frase, pero sí su contenido. Todo el mundo está hoy tan preocupado con no ser el "tonto útil" que se nos está llenando el país con el repetido ejemplar del "tonto inútil".

El hombre que dice no, ¿a qué se está negando? Se está negando al paso del tiempo, a su propia inscripción en el tiempo. Es la negativa de Fausto. El problema no sólo atañe al conservador —un negador del tiempo por definición—, sino también a su contrario. El hombre que dice no se declara enemigo del tiempo. Una bomba en un monumento es una tentativa de modificar el pasado, de destruir el tiempo pasado; una bomba en una librería es una forma de destruir el futuro. Una prohibición desde un despacho es, muchas veces, un intento de destrucción del tiempo presente.

No son, claro, acciones homólogas. No apuremos las diferencias, que existen muy visiblemente. Pero anotemos la coincidencia en el abuso y el uso de una actitud negativa.

Se ha dicho, hace tiempo, que la política era "el arte de lo posible". Tratemos de que no sea el arte de lo imposible. ■ POZUELO